**Invisible**

Ser bibliotecario ¡es el mejor trabajo del mundo!, por lo menos eso digo después de 15 años en este ambiente.

En la biblioteca me ha tocado de todo, me he capacitado y he crecido como ser humano. Gracias a ella he aprendido a moverme solo en Guadalajara y México…“un pueblerino en una de las ciudades más grandes del mundo”, eso pensaba mientras camina por sus grandes avenidas.

Muchas ocasiones he vivido en carne propia la impotencia de desempeñar uno de los trabajos más nobles que existe, que apuntalan la docencia y la investigación, que genera conocimientos generales y específicos, que causa risas y llantos, que conjunta mentes activas que discuten y comparten, mentes que próximamente serán los actores de nuestra sociedad, un trabajo tan noble pero que lamentablemente es tan poco reconocido en ocasiones.

Mi trabajo es organizar la información y hacer que los usuarios la localicen de una forma más rápida, así como brindarles la oportunidad de encontrar a su alrededor temáticas relacionadas a lo que busca.

Casi nadie sabe de mi presencia, no imaginan que tras un cuartito en la biblioteca hay alguien que les permitió situarse frente a un estante y tomar su libro y otros relacionados con lo que busca, no conocen que hay alguien que habló a otros bibliotecarios de la UdeG, que consultó bases de datos de la UNAM, de España, de bibliotecas de los Estados Unidos por mencionar algunas; alguien que se ha comunicado con los investigadores del campus para precisar algunos detalles en la catalogación del material, incluso que ha estado en contacto con los mismos autores de libro para que sugieran sobre su propia obra y el espacio en la biblioteca. Casi nadie lo sabe y eso me inquietaba.

Hace un par de meses mi hijo estuvo a punto de perder la vida por una neumonía complicada en su pulmón izquierdo y parte del derecho. Sin temor a equivocarme fueron los días más difíciles de mi vida, todo parecía chico ante la eminente posibilidad de una perdida tan significativa.

Después de varios días de ambiente hospitalario, se acercó un joven interno de la carrera de medicina que me ubicaba, me saludó, me explicó a detalle la situación de mi hijo, me alentó y me dijo que todo marcharía bien. Varios días después, fue él quien me dio la buena noticia de que pronto lo darían de alta y así fue. He vuelto a ser feliz.

Caray, la vida me regresó más de lo que me debía. Y ¿Si en gran medida fui yo, quien con mi trabajo le puso frente a sus ojos la información que necesitaba para apoyarme? ¿Si le reduje una gran cantidad de tiempo para que el pudiera estudiar y sacar sus conclusiones y comentarle algo a su doctor responsable? Si, en parte fui yo. Fue con mi trabajo como le he apoyado a crecer en su profesión.

 Mi trabajo vale y vale mucho. Porque no solo a mi familia atenderá a lo largo de su vida, desconozco a cuantas personas él será capaz de devolverles la alegría de vivir como lo hizo conmigo.

Lo mejor de todo es que no sólo es él, son cientos de jóvenes que a diario entran en nuestras instalaciones, toman libros, revistas, consultan bases de datos, estudian y se preparan para ir fuera de la universidad y hacer de nuestro contexto un mejor espacio para todos.

¿Cuántas cosas resolverán nuestros estudiantes? ¿Cuántos logros obtendrán? ¿Cuántos cambios realizarán? No lo sé, pero lo que sí sé es que mientras hayan acudido a nuestra biblioteca, estoy seguro que en cada una de esas resoluciones, en cada uno de esos logros y en cada uno de esos cambios, algo de mi irá allí, algo de mi contribuirá a mejorar la vida de otros en diferentes cuestiones, desde una casa agradable, una situación personal mejorada, un caso legal resuelto con justicia, un ocio creativo, una carretera y un puente bien hechos, una mejor economía o una sonrisa…..

Algo de mí ira allí, invisible, pero eso me hace trascender.

(martes, 14 de marzo de 2017, 12:45)